

9: 14: 32

Por Carrie White

Se supone que los recreos deben ser oasis en medio de clases aburridas, tareas interminables y maestras de las que mejor no hablar.

Pero para mí representan un castigo.

En el otro extremo del patio, cerca del kiosco, Ceci y Mateo se miran sonrientes, las manos de ambos entrelazadas. Él dice algo, ella ríe. Las carcajadas se oyen por sobre el ruido de la muchedumbre y llegan hasta donde me encuentro.

Ceci es mi amor imposible. Una muñequita blanca, de pelo rubio, ojos verdes...

Aunque con escasa materia gris.

¿Qué habrá visto en Mateo?

Lo sé: tiene carisma, ojos azules, plata, se parece a Tom Cruise... Pero es un estúpido que se la pasa fastidiando a otros compañeros y también a los profesores. Como si esos chistes verdes que cuenta en medio de clase valieran algo. Se burla de todos. De mí, especialmente: me llama “Gnomo” o “Hobbit”, dependiendo del día. Pero, por lo general, se refiere a mí como “Pelotudo”.

Y sí, admitamos que no me parezco a Mateo. Pero soy inteligente y bueno, más que nada con Ceci. Sin embargo, una vez me le acerco, le hablo, pago el pancho que acaba de comprar y me agradece con un:

—¡Salí de acá, *nenito*!

¿Nenito? ¡Si los dos tenemos quince años!

Pero va Mateo, le dice dos palabras y de pronto se están dando un chupón.

Es injusto. Nunca lo entenderé. ¡Ceci debería estar conmigo! Yo saco buenas notas, me porto como corresponde, nunca le faltó el respeto a nadie. Leo, leo mucho. ¡Seguro Mateo no tiene idea de quién es Poe, o Maupassant, o H. G. Wells! Yo sé cómo

aprovechar el tiempo. Pero claro: a las chicas buenas —“buenas”— les gustan los chicos malos. Deben verlos como sujetos muy varoniles, que no le temen a nada. Tal vez las mujeres son unas masoquistas.

Mateo y Ceci van al kiosco. Mientras él compra dos alfajores de chocolate, saluda sonriente a pibes de otros cursos, como si fuera el verdadero Tom Cruise. ¡Y encima esos zánganos, temerosos de su influencia, le devuelven el saludo! Ceci le pasa una mano por la cintura. Mateo se da vuelta para mirarla e intercambian un beso.

Aprieto los dientes, cierro las manos formando un puño. Mi corazón late aceleradamente, como si se preparase para explotar. Mi cuerpo hierve; casi siento humo manar de mis poros.

¡Basta! ¡Se terminó!

Pasé demasiado tiempo conteniéndome.

Ese taradito no sabe quién soy. Nadie lo sabe, en realidad.

Miro mi reloj. Son las nueve y trece minutos con cuarenta y dos segundos.

Suspiro, empiezo a concentrarme.

La parejita feliz sigue a los besos, ignorando lo que sucederá.

Cierro los ojos. Imagino un gigantesco reloj de diseño estilo victoriano. Se encuentra en pleno funcionamiento.

9 horas, 13 minutos, 59 segundos.

Las agujas, de un diseño tan clásico y exquisito como el resto del aparato, provocaban un estruendo al moverse.

9: 14: 2.

Aumento mi concentración.

Está dando resultado: las agujas se mueven con más esfuerzo.

Abro los ojos.

A mi alrededor, la acción se desarrolla en cámara lenta. Como si fuera una película y alguien hubiera decidido ralentizar la imagen. Y los pibes hablan y reían y corren como si nada. Parece uno de esos videoclips tan modernos como carentes de sentido.

Mateo y Ceci se chuponean a la misma velocidad, lo que le da un aire más romántico que me enfurece.

Concentrate, concentrate...

9: 14: 16...

Los movimientos de las agujas disminuyen.

9: 14: 18...

Primero se detiene la aguja pequeña, luego la grande, y, finalmente, la finita.

9: 14: 32.

El patio del colegio queda congelado. Los chicos son estatuas de carne y piel.

Perfecto. Cada vez me sale mejor.

Me dirijo a la parejita feliz. En el camino empujo al bravucón de Raúl Ochoa, que cae sobre las baldosas provocando un ruido que resuena en un eco. Mis pasos generan el mismo efecto. Me encanta.

Me detengo junto a Mateo y a Ceci. Ambos abrazados y a los besos.

—¿Quién te creés que sos, eh? —le digo al imbécil—. ¿Tom Cruise? ¿O algún otro malnacido con la sonrisa dibujada? ¡Vamos, respondeme! ¿Qué te pasa? ¿Te quedaste mudo, eh?

Cierro fuerte un puño y le doy dos, tres, cinco golpes en la espalda. Se tambalea un poco. Mis nudillos quedan hechos un desastre y me duelen. Pero no importa. En momentos como los de ahora doy gracias por haber nacido con cierta... capacidad especial.

—Ya vengo —le digo a Mateo—. No te vayas.

Enfilo a mi aula.

Buccino, De Leo y Cattenazzi, famosos por quedarse paveando junto a la puerta, me impiden el paso, por lo que tengo que empujar a los primeros dos para poder entrar.

Voy a mi pupitre, abro mi bolso y saco la bolsa de terciopelo azul que contiene el cuchillo de carnicero que compré en aquel mediocre Todo Por Dos Pesos.

—Hoy vas a debutar —digo, sonriente.

Vuelvo con los patéticos tortolitos. Separo a Mateo de Ceci.

—Así que querés seguir apoderándote de la chica que amo, ¿no?

Lo apuñalo repetidas veces. En el estómago, en los brazos, en el rostro. Como supuse, la sangre no mana; recién comenzará a hacerlo cuando el tiempo corra normalmente. Pero los tajos quedan muy simpáticos.

—Idiota —y culmino con un formidable corte en la garganta.

Noto que Ceci todavía conserva la posición del abrazo y los labios como si siguiera besando al cretino de su novio.

La odio. Comprendo que, aunque a Mateo le caiga un meteorito en la cabeza, seguirá detestándome.

La acuchillo en la cara y en los pechos, que son bastante abultados. Le subo la pollera del uniforme y la apuñalo varias veces *ahí* abajo, en esa zona.

—Te lo merecés.

De pronto mi mirada se topa con la de Luis Ocampo, fiel lugarteniente de Mateo a la hora de molestar al prójimo. Ahora ríen frente a tres individuos que conozco de vista y también gustan de fastidiar.

No dudo en acuchillarlos a ellos también, como tampoco al grupo de chicas cerca del mástil, ni a los dos afeminados de segundo año, ni a los de primero que juegan — mejor dicho, jugaban— al fútbol con una lata vacía de Coca-Cola...

Me canso. Respiro hondo. El brazo me duele de tanto moverlo.

Noto que ataqué a más de la mitad del patio. El frenesí me había llevado a más de lo que tenía en mente. Pero, bueno, son cosas que pasan.

Subo al piso de arriba y me quedo en uno de los balcones que me dan una vista de todo el patio. De todas maneras, me focalizo en los tortolitos.

Antes de concentrarme en regresar el tiempo a la normalidad y presenciar un prometedor reguero de sangre cortesía de unos cincuenta alumnos, me quedo viendo un pajarito suspendido en pleno vuelo. La lombriz que lleva en el pico permanece igual de petrificada.

Debería usar mis poderes para cosas buenas, pienso. Mmm... No. Mejor no.

Me concentro de nuevo. Visualizo el fino reloj. Las agujas, en el mismo lugar que la última vez.

9: 14: 32.

El entusiasmo por ver la sangre del patio entorpece la operación, pero me concentro con más fuerza.

Vamos, vamos, vamos...

9: 14: 32...

Y las agujas recobran el movimiento.